**Naufragios metafóricos y literales**

Débora Mundani (capítulo I de *Batán*, 2012)

Mi viejo se hundió el mismo día que el Belgrano. Era domingo y algunos domingos a mi viejo se le daba por hacer pastas caseras, entonces dejaba sobre la mesa del comedor la harina, los huevos, un poco de agua y sal, y amasaba. Amasaba un rato largo mientras mi vieja preparaba la salsa. Les gustaba inventar recetas con las cosas que tenían en casa. Tomates frescos, albahaca y nueces pecan nunca faltaban. Las nueces las sacábamos del nogal que teníamos en Dique, un terreno con una casilla a orillas del río Luján, y las guardábamos en bolsas para que duraran unos meses. En esa época mis viejos hacían un buen dúo. No necesitaban hablarse mucho. Parecían entenderse con miradas. Música. Zitarrosa siempre. Mi viejo agarraba el pasacasette que estaba en su dormitorio, lo apoyaba a un costado de la mesa, junto con la pila de casettes que elegía para la ocasión, y después de prenderlo, le echaba encima un repasador para que no le entrara polvo. Detrás del trapo, sonaba el cuarteto de guitarras del Flaco, como le decía mi viejo a Zitarrosa. Y esa voz grave que lo caracterizaba hacía sacudir el repasador, como si fuera a tirarlo sobre la mesa y dejar al descubierto ese equipo de música que mi viejo llevaba de un rincón de la casa a otro, como si fuera una extensión de su propio cuerpo. Después, cuando terminaba de amasar levantaba todo y nos llamaban al Gordo y a mí para que tendiéramos la mesa. Esa parte no nos gustaba a nosotros. El Gordo siempre hacía lo mismo. Cuando escuchábamos a mi vieja, chicos, vamos, que se pasan los fideos, se encerraba en el baño. Yo me quejaba, es mentira, no tiene ganas, les decía. Pero mis viejos no reparaban en eso, dale, Paula, que se pasan, y ponía la mesa sola mientras el Gordo ni disimulaba, se sentaba con pantalón y todo sobre el inodoro hasta que sentía que mi viejo arrastraba la silla y casi al mismo tiempo corría la cortina de la única ventana del comedor para que la luz no se reflejara en la fuente de metal. Entonces, aparecía él lo más campante con un, falta algo má, nada Fabián, sentate que se enfrían. Y Gabriel que era el más chico lo miraba con admiración, seguro pensaba cuándo voy a poder hacer yo eso que a vos te sale tan bien.

Esa tarde mi viejo después de comer no quiso dormir la siesta. Hacía unos años que venía amagando armar la maqueta de esa ciudad perdida, la que siempre nos contaba en los cuentos, donde pasaban todas las historias de personas que se llamaban como nosotros. Dónde queda, cuál es el nombre, le preguntábamos siempre y él nunca nos decía, como si fuera parte del misterio. Cada vez que subía al cuartito de la terraza sacaba de abajo de la cama la madera terciada, se quedaba mirándola un rato largo y amagaba con el lápiz negro algunas líneas que nunca llegaba a dibujar, entonces cuando veía que con eso no iba a poder, agarraba el tablero eléctrico que le habían encargado y se pasaba horas encerrado. Cuando nos mudamos del departamento a la casa nueva, él se reservó el único cuartito que había en la terraza. Ahí guardaba sus herramientas y todo lo que otros iban desechando. Siempre que salía a la calle, volvía con algo: el resto de alguna máquina tirada en la vereda, pedazos de chapa, maderas, algún hierro, puertas a punto de ser levantadas por el basurero. Amontonaba cosas para algún día darles utilidad. Hacía tiempo que además de las clases de literatura en el colegio se dedica a electricidad en obras. Le iba muy bien. Siempre le había gustado eso pero después de recibirse de maestro siguió el profesorado de letras. Y dejó la luz para más adelante, cuando las cosas en el colegio se pusieron muy mal, cuando se llevaron a dos pibes. Fue ahí que pensó en tomarse las cosas de otra manera, tomar distancia. Y empezó con ese arquitecto, el que le encargaba uno detrás de otro, tableros eléctricos.

Toda la mesa ocupaba el tablero aquel. Mis hermanos y yo no podíamos entrar pero del otro lado de la ventana lo veíamos hacer. Tenía varios circuitos. Mi hermano mayor nos explicaba qué iba haciendo mi viejo porque él sabía. El Gordo iba a un industrial y en menor escala también armaba y desarmaba circuitos. Mi viejo sabía que estábamos ahí. Hacía frío ese domingo. Todavía faltaba para que empezara el invierno pero ese día no parecía uno de otoño. Los tres con las camperas puestas no dejábamos de mirarlo. Mi viejo ni se inmutaba. Tenía un poder de concentración admirable. Prendía la radio y manos a la obra. Con un nivel de precisión ajustaba los hilos conductores que iban de una punta a la otra. El Gordo, haciéndose el canchero, nos explicaba cómo había que aislar los cables y calcular las sobrecargas. Aunque Gabriel tenía apenas ocho años, el Gordo se dirigía a él. No es que no me quisiera hablar a mí, pero qué podía interesarme un circuito eléctrico si todavía jugaba a las muñecas. El Gordo no me lo decía así, directamente, pero me dejaban a un costado de la ventana, desde donde no se podía ver nada. Ellos dos de frente tenían el detalle de todo. Yo en cambio apenas alcanzaba a ver una parte de la mesa donde apoyaba el tablero. El resto me lo imaginaba. Mi viejo sentado en una silla que tenía ruedas, medio encorvado hacia delante, casi encima del tablero, con los anteojos puestos, calculando el movimiento de sus manos. Por eso fueron ellos, que lo tenían ahí adelante, los que lo vieron caerse. Yo apenas pude ver la mesa vacía y el tablero que colgaba de una de las puntas. Cuando entramos mi viejo lloraba tirado en el piso. ¿Te lastimaste, qué te pasó, qué te pasa? Gabriel no paraba de hacerle preguntas. Hablaba rápido. Le temblaba la voz. El Gordo como podía, intentaba acomodar el tablero y sujetar algunos cables que se habían soltado. Ni, dejá, llegó a decirle mi viejo que lo peor para él era que le tocaran las cosas. Lloraba sin parar. Mamá mamá mamá, gritaba Gaby asomado a la escalera. Y los pasos apurados de mi vieja subiendo de dos en dos. ¿Qué pasó, qué pasó? dijo primero preocupada. Pero al ver a mi viejo en el piso sin poder reaccionar cambió la voz, la que usaba para consolarnos cuando nos pasaba algo, ¿qué pasó? Mi vieja lo miraba desde arriba. ¿Qué pasó? Como si no pudiera agacharse. Hasta que Gaby le tiró de la muñeca, vení, le dijo. Entonces mi vieja se arrodilló a su lado, ¿qué pasó? Sus palabras parecían querer seguir con un, mi chiquito, o alguna de esas cosas que nos decía cuando nos pasábamos a su cama. Qué pasó mi chiquito, imaginé. Y me asusté mucho más que al ver a mi viejo en el piso. Ella lo trataba como a un bebé y mi viejo parecía un bebé tirado en el piso. Hecho un bollo, más asustado que yo. Su llanto entrecortado y mi vieja, ya va a pasar Toni, ya va a pasar, mientras le acariciaba la cabeza. Y yo lo miraba de lejos, de una punta a la otra. Dónde se había lastimado, pensaba. Ya va a pasar, ya va a pasar. No me toquen, dijo, mientras apretaba la cabeza contra su pecho. Que no me miren Ana, que se vayan los chicos, le pedía en voz baja para que no escucháramos y nosotros que estábamos ahí escuchábamos todo. Todo. Hasta esas palabras que cuando entramos al cuartito no. Ésas que habían tirado a mi viejo al piso. Esas palabras y esa marcha de fondo que hasta hoy las escucho *Comunicado del estado Mayor Conjunto comunica… que existen indicios que hacen presumir su hundimiento. Repetimos… existen indicios que hacen presumir su hundimiento*. Mi viejo ahora lloraba sin hacer ruido. Escuchen, parecía querer decirnos. Todos hicimos silencio. Recién ahí mi vieja entendió. Y lo miró al Gordo. Y al Gordo se le cayó el tablero al piso y también pareció entender. Y pensó en Richo, su amigo, entonces gritó, Richo, puta madre, y empezó a patear la puerta. Y mi vieja que no sabía si soltar a mi viejo y calmar al Gordo o qué, Paula ayudame, dijo. Y fue Gaby porque yo me quedé quieta. Los miraba a los cuatro sin hacer nada. Mi vieja y Gaby trataban de levantar a mi viejo. El Gordo que no podía calmarse. Richo, decía, Richo. Y mi vieja que le pedía ayuda, bajemos a papá, Fabián. Y Fabián que no podía dejar de patear la puerta, cada vez con menos fuerzas. Tal vez no estaba en el barco, le dijo ella para que el Gordo se calmara. Richo, repetía mi hermano. Y mi viejo seguía acurrucado a un costado de la mesa. Déjenme. Al fin la voz ésa había dejado de repetir lo mismo. Ahora sonaba el himno por cadena nacional. El Gordo y mi viejo lloraban. Yo seguía mirándolos. Los cuatro encimados. Así un rato. Hasta que mi viejo se movió. Y el Gordo dijo, me voy a lo del Negro. Primero me ayudás, lo apuró mi vieja, hay cosas más importantes. Entre los tres lo levantaron. Mi vieja y el Gordo lo acompañaron hasta la cama. Gabriel iba atrás. Yo me quedé en la terraza hasta que se hizo de noche y por primera vez la puerta del cuartito quedó sin llave y el Gordo no vino a dormir.